

Parashat
Ki Tetzé

♦ 96 ♦

ב' אלול תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינובין שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

Cuenta la Guemará:

Ocurrió una vez que el rey Monbaz gastó sus tesoros y los tesoros heredados de sus antepasados durante años de hambruna, favoreciendo al pueblo necesitado. Entonces sus hermanos y los miembros de su familia se unieron contra él y le dijeron: —Tus padres acumularon riquezas y añadieron a lo que habían heredado de sus antepasados, ¡y tú las estás despilfarrando!

Él les respondió:

—Mis padres atesoraron abajo, y yo he atesorado arriba, como está escrito: “La verdad brotará de la tierra y la justicia mirará desde los cielos” (Tehilim 85:12).

»Mis padres guardaron sus tesoros en un lugar donde la mano del hombre tiene dominio, mientras que yo los he guardado en un lugar donde ninguna mano puede alcanzarlos, como está escrito: “La justicia y el derecho son la base de Tu trono” (Tehilim 89:15).

»Mis padres atesoraron algo que no produce frutos, mientras que yo he atesorado algo que sí produce frutos, como está escrito: “Decid del justo que le irá bien, pues comerá del fruto de sus acciones” (Yeshaiahu 3:10).

»Mis padres acumularon tesoros de dinero, mientras que yo acumulé tesoros de almas, como está escrito: “El fruto del justo es árbol de vida, y el sabio gana almas” (Mishlé 11:30).

»Mis padres acumularon para otros, mientras que yo acumulé para mí mismo, como está escrito: “Y la tzedaká será para ti” (Devarim 24:13).

»Mis padres acumularon para este mundo, mientras que yo acumulé para el Mundo Venidero, como está escrito: “Tu justicia irá delante de ti, y la gloria de Hashem te recogerá” (Yeshaiahu 58:8).

Vivimos en un mundo material, donde el éxito de una persona suele medirse según la cantidad de bienes que posee. Cuanto más rica es una persona y más propiedades tiene, mayor importancia le atribuye la gente. Sin embargo, la verdad es exactamente lo contrario.

Como vemos en la historia del rey Monbaz, cuanto más da una persona de lo suyo a los demás, más importante es realmente. Y no solo eso: todo lo que una persona acumula y conserva durante su vida acaba cumpliéndose en ello el versículo: «Y dejaron sus riquezas para otros». Cuando llega el momento de partir de este mundo, no se lleva consigo ni dinero ni oro; únicamente se lleva sus mitzvot y sus buenas acciones.

Nunca hemos oído que en un funeral se elogie al difunto por lo que dejó atrás, diciendo cuántos edificios o propiedades poseía. Más bien, se le elogia por aquello que, aparentemente, no dejó: por lo que repartió de lo suyo a los demás. Porque eso es lo que verdaderamente permanece para él en el Mundo Venidero. En cambio, el resto de sus bienes quedan atrás, como algo «desperdiciado», de lo cual ya no obtiene ningún beneficio.

Decimos en la plegaria de Yamim Noraím: «El arrepentimiento, la oración y la tzedaká ('caridad') apartan la severidad del decreto». Nos encontramos ya muy cerca del Día del Juicio, y como nos enseñaron nuestros Sabios, una de las cosas que pueden inclinar la balanza a favor de la persona es la tzedaká.

Por ello, junto con la teshuvá y la tefilá, es bueno y apropiado aumentar la práctica de la caridad, cada uno según los medios con los que Hashem lo haya bendecido.

Y cuando demos tzedaká, recordemos una idea fundamental: todo lo que doy a los demás, en realidad me lo estoy dando a mí mismo.

(Tiv Hatorá sobre Parashat Ki Tetzé).

¡Alejarse de la mentira!

«Tendrás una pesa completa y justa; tendrás una medida completa y justa, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Hashem, tu D-íos, te da» (Devarim 25:15).

Rashí explica acerca de la frase «Tendrás una pesa completa y justa» del versículo: «Si haces esto, tendrás mucho». Es decir, que la expresión del versículo «tendrás» (yihyé lejá) puede interpretarse de dos maneras: tanto como una orden como una promesa.

Por una parte, la Torá nos ordena actuar con verdad y justicia, utilizando pesas y medidas exactas. Pero además encierra una promesa: si la persona se cuida de actuar con honestidad y rectitud, sin engañar a los demás mediante fraudes, mentiras o pesas adulteradas, entonces la Torá le promete: «tendrás», es decir, tendrás abundancia.

Tendrás muchas pesas justas, porque serás bendecido con abundantes bienes y la bendición reposará sobre todas tus actividades. Por eso la Torá emplea la expresión «tendrás [una pesa completa y justa]» y no «harás para ti [una pesa completa y justa]» o una formulación similar, insinuando así también la promesa oculta contenida en el versículo.

Según esta explicación, además de la promesa explícita al final del pasaje —«para que se prolonguen tus días sobre la tierra»—, el versículo contiene también otra bendición implícita: la promesa de éxito y abundancia económica, de que la persona gozará de una gran prosperidad.

Ahora que nos encontramos ante la proximidad del gran Día del Juicio que se acerca para bien, y que todo Israel busca consejos y méritos para ser inscrito y sellado para un año bueno y dulce, tenemos ante nosotros una enseñanza clara de la Torá: la observancia de la verdad y la justicia, así como la honestidad en los negocios y en el trato con los demás, constituyen una garantía de ser inscritos para un año bueno, un año de vida larga y feliz, un año de abundancia y prosperidad.

No es casualidad que estas mitzvot se lean precisamente durante los santos días de elul, antes del Día del Juicio. Aquí aprendemos una valiosa segulá para obtener abundancia material y larga vida: cuidarse del robo, del engaño y de la mentira.

Que a quien se esfuerza en ello y se guarda de estas faltas le sea concedida paz como un río, y que sea inscrito y sellado para bien. Amén.

(Tiv Hatorá, al final de la parashá)

Invierte en tzedaká, recibirás con creces

En uno de los viajes del Rebe Hakadosh, autor del «Divré Jaím» de Sanz, llegó a una estación ferroviaria y se encontraba

>>>

esperando en el andén la llegada del tren. De repente percibió el llanto apagado de una niña pequeña.

Su compasivo corazón se llenó inmediatamente de misericordia y ordenó a sus asistentes que averiguaran sin demora qué le ocurría.

Tras una breve investigación descubrieron que se trataba de una niña no judía. Unos ladrones profesionales, que probablemente habían advertido la abultada cartera que llevaba consigo, la habían seguido durante su viaje y le habían robado el bolso. Ahora se encontraba llorando desconsoladamente porque no tenía ni una sola moneda para comprar un billete que le permitiera regresar a su casa.

La niña contó que llevaba más de dos horas llorando en aquel lugar y que, entre los miles de viajeros que pasaban por la estación, nadie se había preocupado por ella.

Al instante, el Rebe sacó de su bolsillo una suma considerable de dinero, suficiente no solo para comprar el billete sino también para cubrir cualquier gasto que pudiera tener durante el trayecto. Ordenó que se le entregara y que se le dijera claramente que era un regalo del Rabino Halberstam de Sanz.

El asistente cumplió la orden. La niña, inmensamente agradecida, preguntó quién era el benefactor, pues deseaba devolverle el dinero cuando llegara a su hogar.

Pero el asistente le respondió:

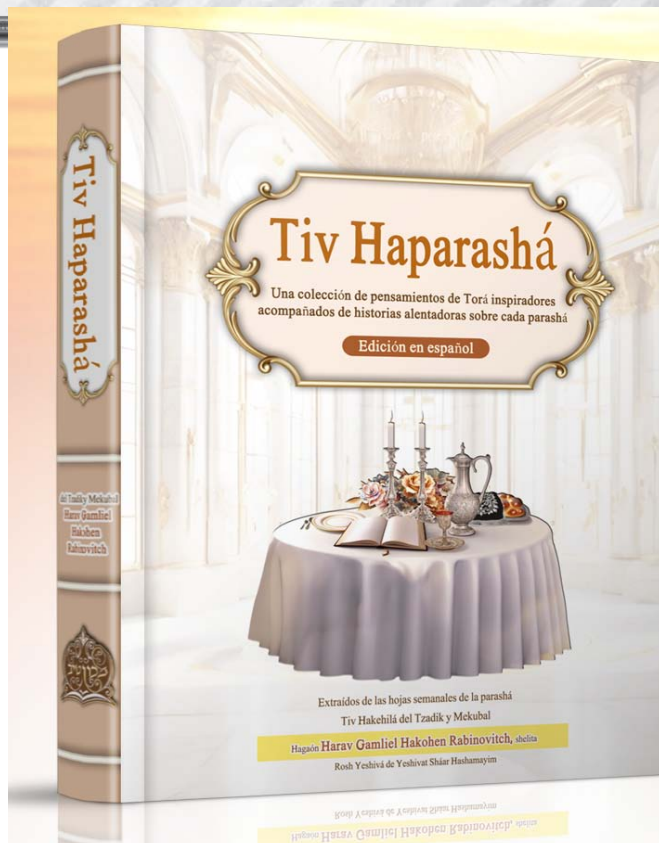
—No hace falta que lo devuelvas. El Rabino Halberstam de Sanz te lo regala.

Pasaron muchos años.

Cierto día acudió al Rebe uno de sus fieles jasidim, un acaudalado hombre llamado Rabí Shmuel, para pedirle ayuda urgente en un grave asunto relacionado con su sustento.

Rabí Shmuel era propietario de una gran fábrica de botas y calzado. Hashem había bendecido sus negocios y sus productos gozaban de excelente reputación en toda la región.

La fama de sus resistentes y elegantes botas llegó incluso a las oficinas del ejército. Tras una exhaustiva evaluación de los distintos fabricantes, la empresa de Rabí Shmuel fue seleccionada para suministrar el calzado militar. Se firmó un enorme contrato para producir miles de pares de botas para los soldados, un acuerdo que prometía años de prosperidad.



Sin embargo, uno de los competidores derrotados en la licitación, un antisemita que poseía una fábrica similar, no pudo soportar el éxito del comerciante judío. Consumido por la envidia, contrató falsos testigos que fabricaron una acusación completamente falsa.

Declararon haber visto cómo, durante la noche, se introducía en la fábrica cuero de mala calidad, inadecuado para fabricar botas militares. Presentaron una denuncia ante el tribunal militar supremo, acusando a Rabí Shmuel de engañar al ejército y defraudar enormes sumas al Estado.

La situación era gravísima. Los testimonios parecían contundentes y la negación de Rabí Shmuel apenas tenía peso frente a ellos. Además de perder el contrato, corría el riesgo de recibir una severa condena y ser enviado al exilio durante muchos años.

Cuando el Divré Jaím escuchó la historia, le dio una respuesta sorprendente:

—Viaja a tal ciudad. Allí vive el ministro responsable de todos los asuntos militares. Intenta hablar con él.

Rabí Shmuel quedó desconcertado.

—¿Qué puede hacer un simple judío como yo ante un ministro? El caso está ya en manos del tribunal. Seguramente ni siquiera querrá escucharme.

Y rompió a llorar.

El Rebe le dijo con calma:

—Si el ministro no quiere escucharte, dile en voz alta que el Rabino Halberstam de Sanz te envió para contarle toda la verdad del asunto.

Rabí Shmuel obedeció y viajó hasta la residencia del ministro.

Cuando intentó explicarle su situación, el ministro lo interrumpió con frialdad:

—Conozco perfectamente ese caso. Es un escándalo. Habéis engañado al ejército fabricando miles de botas con material defectuoso. Se trata de una grave violación del contrato.

Rabí Shmuel insistió entre lágrimas:

—Todo es una calumnia. Jamás pensé en engañar al ejército. Mi competidor inventó toda esta historia.

—¿Por qué habría de creerte? —gritó el ministro—. El tribunal ha recibido pruebas contundentes contra ti.

Entonces Rabí Shmuel recordó las palabras de su Rebe y exclamó:

—Sepa, señor ministro, que no he venido por iniciativa propia. Me ha enviado aquí el Rabino Halberstam de Sanz.

En ese momento entró la esposa del ministro, que había escuchado parte de la conversación. Preguntó:

—¿Ese Rabino Halberstam es el rabino de la ciudad de Sanz?

—Sí, exactamente —respondió Rabí Shmuel.

La mujer se emocionó profundamente. Se acercó a su esposo y comenzó a contarle una historia de muchos años atrás.

Ella era aquella niña que había llorado en la estación de tren después de que le robaran la cartera. Pertenecía a una familia acomodada, y había sido precisamente el Rebe de Sanz quien la había socorrido generosamente en aquel momento de angustia. Con el paso de los años había crecido y terminado casándose con el ministro de guerra.

Cuando terminó su relato, le dijo a su marido:

—Si este santo rabino se compadeció de una niña gentil desconocida en medio del bullicio de una estación, sin saber quién era ni qué importancia tendría algún día, puedes confiar plenamente en su palabra. Un hombre así jamás diría una mentira ni participaría en un engaño.

El ministro quedó convencido de inmediato. Emitió una orden especial dirigida al tribunal militar para que se anulara todo el proceso, después de una investigación adicional que, según indicó, demostraba claramente que se trataba de una falsa acusación.

Así, Rabí Shmuel fue absuelto completamente y salió inocente del juicio.

(Tiv Hamaasé, cuaderno n.º 31)